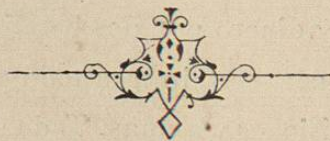


abandonado y sobre cuya superficie han sembrado sal, como los que antaño habían cometido traición al rey.

Ayer murió don Martín Celorio, á consecuencia de las heridas que le infirieron los de Agapito Gómez. Tuvo la suerte de recobrar el entendimiento antes de morir, y de recibir al Divinísimo con grandes extremos de devoción.

Don Angel Luque murió en su rancho del Granado después de mucho sufrir por la herida que recibió de las tropas de Chávez. Dios tenga á ambos en su bendito reino



## CAPITULO VII

### Con los huesos rotos y en tapextle

**L**A primera sensación fué de frío, de frío que me cogía desde la espalda hasta las corvas, daba vueltas por el estómago y se me aposentaba tenaz y constante en la pierna derecha... Luego sentí un dolor terrible, un dolor que era como si me rompieran en dos toda la pierna, y ya rota la cogieran de nuevo para hacérmela añicos.

Estaba dentro de una nopalera, lejos del camino, pero mirándolo como si pudiera tocarlo. Caía lo que en mis terrenos llaman *helada prieta*, y soplaba un viento que llevaba en sí todas las frialdades de un invierno crudo y triste, como lo es siempre el de aquellas montañas.

Veía transitar de prisa, con las piernas desnudas y los gabanes embrocados, á los indios que iban ó venían de la

población; pero imposible que me escucharan: iban embebecidos calculando cómo engañarían á los *partidarios* (así se llamaba entonces á los ladrones), á fin de que no les quitaran sus pobres zarapes y sus pocos tlacos.

El dolor de la pierna era cada vez más intolerable; sentía los más pequeños guijarros del camino, me herían hasta las más delicadas costuras del pantalón; y luego, aquel peso del caballo oprimiéndome la pierna, era para hacer quejarse al mejor.

Según parece, despavorida la bestia, había echado á correr á los primeros disparos, y herida de muerte se había refugiado en aquellos nopales, cuyos *aguates* me quemaban el rostro y las manos. Al caer la bestia, me había cogido debajo el lado derecho, y estaba entre la montura y el suelo como coyote agarrado en una trampa.

Grité y grité hasta enronquecerme; pero mi voz se perdía entre el *chipi-chipi* de la lluvia que caía en los chaparros del camino. Debo de haberme desmayado, porque no me dí cuenta de mi persona hasta que sentí aliviada de peso la pierna dolorida. Cuatro rancheros caritativos notaron al pasar por una travesía, entre los ranchos de la Silleta y el Refugio, que había un bulto tirado entre la nopalera, y allá se dirigieron. Uno de ellos dijo:

— ¡Bonito cuaco! pero le dieron en la *chapa del alma*. Mira qué *incuentro*, mira qué corvejones; era un animal, la verdad, *chulo*... ¿Y el cristiano estará vivo?

Como si hubiera querido contestar á ñor Perfeuto Antúnez, que así se llamaba mi salvador, abrí los ojos y quise sonreirme; pero no pude menear músculo ninguno del rostro.

— Y bien vivo que está, prosiguió Antúnez; lo que sucede que ha de tener *desquebrajao* todo el cuerpo... Pobrecito; y parece gente decente.

— Dale, dijo otro que le llamaban ñor Natividá, un trago de este pinos, que si no se levanta con él, será porque ya su Divina Majestá lo llama...

— Mejor que pinos es este catalán, interrumpió el tercero sacando de las cantinas una *ánfora* del más rico aguardiente.

El cuarto nada dijo; pero me acercó la *trigueña* á los labios. Debe de haberseme derramado el líquido por la boca y la barba, porque el del auxilio dijo á los otros:

— Tiene las quijadas trabadas; ¿quién sabe si necesite algo *calientito* que le entone el cuerpo..? Pero vamos levantándolo, que sino se nos quedará aquí patitieso.

Quisieron tomarme del brazo derecho; pero debo de haber gritado tan fuerte, que mirándose los tres dijeron al que tiraba:

— No seas bruto; ¿no ves que tiene el brazo torcido y quién sabe si *quiebrado*?

Gemí como un niño enfermo, y con la mano buena señalé mi pierna destrozada:

— Pobre señor, comentó Perfecto; tiene la pierna *quiebrada*... Estos malditos caballos, cuando *voltean*, rompen cuanto encuentran... Por milagro de Dios no se le *quiebró* el pescuezo, que si eso ha sido, ni el *santolio* alcanza.

No sé de dónde trajo Natividad una taza de chocolate, y dándome primero pedacitos de un pan que podría servir para ametrallar plazas fuertes, y luego sorbitos de líquido caliente, conseguí rehacerme un poquito. Estaba poco menos que inconsciente, casi hecho un simple; pero tuve noción sin embargo de que los servicios se recompensaban con algo que yo sentía en la víbora que me apretaba la cintura y tintineaba en el bolsillo del chaleco, y sacando dos onzas las dí á los mozos aquellos.

— ¡*Algame!* dijo Natividad; ¡qué cosas tiene el señor! deje su dinerito, que falta le hará para curarse.

Y me metió de nuevo en el chaleco las dos relucientes columnarias.

— *Hora*, dispuso Perfecto, que hacía de jefe entre los cuatro, hay que ayudar al señor á moverse... Haga la lucha, amo; á la una...

— ¡Mi pierna! grité con lengua estropajosa...

— *Pos* no puede, amigos; no hay más que hagamos un *tapextle* de ramas y hojas y allí lo llevemos al rancho de la Silleta; vale que está cerquita...

Y entonces se me ocurrió la pregunta que hacen los desmayados de novela: «¿En dónde estoy?»



— Me metieron en la camilla, me taparon...

— En la Puerta de don *Grabiél*, entre la Silleta y el camino real que va á Villapobre.

En un santiámén aderezaron aquellas gentes una camilla de varas, y rellenándola de hojas, trataron de colocarme en ella.

¡Qué tártagos, qué trasudores, qué desmayos los que sufrí! Aunque sea con pena, lo he de confesar; pero ello es que se me salían las lágrimas y me mojaban el rostro.

Pregunté la distancia que habría al rancho que me llevaban; y *Perfeuto*, por consolarme, me contestó:

— No se apure, l' amo; es aquí tras lomita; no hay más que dos cigarros.

Y sacando una hoja de maíz, que tendría bien una cuarta de largo, y echándole tabaco *michi*, lo torció, sacó yesca y eslabón, hizo lumbre y á echar humo por boca y narices. Piense cualquiera qué sentiría yo al figurarme la distancia que teníamos que atravesar.

Me metieron en la camilla, me taparon cuerpo y cara con un zarape, me alzaron en vilo, y á caminar.

No me dí cuenta sino de un espacio corto; á poco comencé á sentir que bullían en mi cerebro ideas extrañísimas y me puse á desvariar como un borracho.

No sé qué tiempo pasarían andando mis conductores; ello es que cuando me desperté estaba tendido en una cama y veía cerca de mí á un rauchero alto, flaco, tri-gueño, con un ojo bailarín y otro apagado, que decía:

— Necesito puros hombres, porque lo voy á encuerar como su madre lo echó al mundo.

Y tras de hacerme gritar como un becerro que va al degolladero, me dejó en cueros como había anunciado.

Luego cogió un codal de sebo y se embarró bien las manos con él, después se espolvoreó un poco de tabaco, y anunció en voz alta:

— Esto es nada; á don Jesús Romo, el de «La Colmena», le *compuse* cuatro *torcidas* y quedó *peor que nuevo*; si no lo hubiera *ajusilao* Rochín, á esta hora estaría como unas mialmas.

Después comenzó á darme pasecitos suaves por la pierna y el brazo, para sacarme el *aigre embutido*, y á poco, con la seguridad de un Larrey, volteó hacia los espectadores y dijo:

— El codo está salido de su quicio, y el *chocozielo* anda *juera* de donde debe ser, que este huesito que aquí tenemos... La espinilla está partida en dos, como con hacha... Lo arreglo, le pongo una *bilma* y se acuerdan de mí...

Me dió una fricción más fuerte en el brazo, luego otra, después un tirón, y me quedé, como decía el ranchero, *súpito* y sin movimiento, pues á pesar de que me aplicaron á las narices limones frescos, lana prieta quemada, aguardiente y no sé si agua de Colonia, no pude volver en mí de aquel tremendo síncope.

Parece que el *componedor*, como se llama en nuestro país á los que arreglan huesos y expeditan coyunturas, me traqueteó á su antojo, me colgó el brazo de una *mascada*, me puso en la pata enferma un aparato de tablas,



con otro interior lleno de estopa, aguardiente, incienso, mirra y no sé qué otras cosillas, y me declaró listo bajo su palabra de honor.

Luego dejó ordenado que me dieran una taza de atole cada hora y que me pusieran en el estómago unos pollos ó pichones abiertos en canal. Si la calentura cesaba, debían colocarme unas *sustancias* de cajeta de membrillo para repararme; pero siempre que hubieran salido los malos humores.

No me morí de dolor, ni de fiebre, ni de hambre, ni de los tremendos estrujones del algebrista, y desde entonces me convencí de que estaba guardado para dar mucha guerra en el mundo.